

lló la revolución en América. Ya no es el gran repúblico y guerrero francés Lafayette el que viene á enseñar á Washington y Lincoln cómo se sacude el yugo extranjero y se obtiene la libertad; es un anciano cura que, desde los muros de una sacristía, empieza á tejer la epopeya heráldica más grandiosa que ha contemplado América. La abominación española llegaba á su término; el pueblo, cansado de sufrir en silencio, avienta la opresión y se yergue majestuosamente proclamando todos sus derechos y todos sus fueros. Los españoles lanzan en su estandarte de rojo y gualda á la Virgen de Covadonga, y nuestros insurgentes empuñan como emblema nacional á la Señora del Tepeyac. Como en Francia, los verdaderos mexicanos, en nombre de la religión, piden la libertad y los españoles la sumisión al rey. Dos Vírgenes son las que luchan, cual si en el cielo de México despertara la competencia de mando y poderío hasta entre los mismos santos. ¿A quién asistía la justicia, á la Virgen de Pelayo, ó á la Virgen de Hidalgo? ¿La religión de cuál de las dos era la verdadera? ¿También entre los espíritus puros existen las ideas de la autocracia y de la democracia?

Es claro que, en medio de aquel combate, los españoles sostenían principios de sujeción, y explicaban á su manera el poder de la Virgen de Pelayo, mientras que nuestros bravos insurgentes se habían asido á una Virgen republicana, que deseaba la libertad de un pueblo sufrido y abnegado, digno, por lo tanto, de mejor suerte.

Mi fe me prohíbe extenderme en consideraciones de un orden teológico, y confieso mi debilidad en

este sentido. Pero lo claro es que, amoldados nuestros liberales en la escuela liberal francesa, hicieron lo que aquellos; con la sola diferencia que los franceses disponían de mejores elementos de combate.

La formación de ellos remonta á la época de la emancipación política del país, y desde entonces han venido sosteniendo terrible lucha contra el Partido Conservador, quien, á no ser sus colosales riquezas, ignoro lo que conserva; porque hubo época en que hasta el espíritu del patriotismo perdió, olvidando el sentimiento más grande del corazón.

## IV

Así como la revolución francesa fué hija de las circunstancias que habían creado los nobles de banquete, los liberales deben su existencia á las intransigencias y al egoísmo de los conservadores. Está descrito el papel que éstos han desempeñado en las diversas épocas históricas porque ha atravesado la república, el que no ha sido nada honroso, que digamos.

Tantos desaciertos fueron causa porque surgiera el Partido Liberal, y, alentando á los suyos, se lanzó al combate. ¿Tuvo derecho para ello? Esta es la cuestión.

Yo creo que no podía tener más derechos un ciudadano que otro, para un fin político. Estando todos los habitantes del país á la sombra de una misma ley fundamental, tengo entendido que ninguno de ellos, aisladamente, puede gozar de mayores beneficios que los demás, ni sufrir diversas penas á las

marcadas para los infractores constitucionales. Porque las bases republicanas, los principios de la democracia, no distinguen á los ciudadanos para impartir sus beneficios. Que un hombre sobresalió por su abnegación, por su heroísmo, ó cualquier otro motivo, la patria está en la obligación de premiarlo, para estimular el desarrollo moral y material de la república. Para esta recompensa, deja á un lado ideas y profesiones. Que ese mismo individuo cometió un delito de los que los códigos penan, las autoridades se encargan de castigarlo.

Las mismas leyes rigen para las corporaciones que para los individuos. Que el grupo conservador tiene derecho al gobierno, siendo relativo ese derecho, también goza de las mismas prerrogativas el grupo liberal. Para el caso, uno y otro se forman de ciudadanos mexicanos, capaces de ejercitarse en todos sus derechos políticos.

El país da abrigo á todos sus hijos, y cualquiera de ellos puede aspirar á los mejores puestos, desde alcalde de un presidio, hasta la primera magistratura de la nación. En esto yo no veo más que lo que está en la esencia de las mismas cosas. ¿Por qué Timoteo tiene más derechos políticos que Tomás? Estando ambos en las mismas condiciones, uno y otro deben gozar los mismos beneficios y sufrir las mismas consecuencias; y quien afirme lo contrario, es un tirano exclusivista, es un ambicioso que desconoce el principio de equidad.

Por esto mismo, por tantas distinciones inmerecidas, son odiosos los imperios, las monarquías y todo gobierno autócrata. Los privilegios deben ser

para los que los merecen, sin que ellos sean degradantes para quien no los tiene: la patria los da para estimular, mas no para deprimir á los demás. Tal es la constitución republicana.

Expuesto lo que antecede, ¿tenían derecho los liberales para llamar al orden á los conservadores y reclamarles el poder? Es evidente que obraron cuerdamente y conforme á los principios legales. Si no tenían derecho, ¿por qué habrían de tenerlo los conservadores para retener el poder y abusar de él?

Se necesita ser un imbécil ó un idiota, para negar las prerrogativas constitucionales que tienen todos los ciudadanos de la república, ó bien un malvado.

Yo estoy por decir algo más, por irme más lejos. Los liberales tenían más derecho que los conservadores para manejar los destinos de la nación. Esta afirmación es atrevida, pero su verdad es de peso. Los conservadores eran incapaces de sostener la soberanía del país; antes que procurar conservarlo en una completa independencia, propusieron su venta á los tronos extranjeros, porque llevaban en las venas el espíritu de sumisión y la índole del tributario con los grandes y la de los verdugos con los pequeños. Estas cualidades estaban tan bien infiltradas en los corazones conservadores, que sólo con las balas podrían haberse borrado.

Con aquella estirpe tan degenerada, ¿podía el país prosperar y cuidarse de las amenazas constantes? ¡Imposible! Un partido incapaz de elegir gobernante de entre los suyos, merece el aniquilamiento completo, un golpe duro, un castigo fuerte, un ejemplo sin igual en los fastos de la humana historia.

En cambio, los liberales no tenían nada que les pusiera fuera de las garantías constitucionales: ellos pedían la igualdad ante la ley; querían hacer desaparecer los fueros y privilegios; deseaban la regeneración del pueblo y una reforma radical en los principios, á fin de que todas las clases sociales pudiesen disfrutar de los beneficios de la independencia. De lo contrario, la libertad era un mito; el sacrificio de nuestros héroes, un escarnio; el principio de nuestra nueva historia, irrisoria carcajada del destino. Igual que antes de la emancipación de España, estaban las cosas después; sólo el cambio fué de nombre. En vez de los españoles opresores, había que poner esta frase: ¡fueros y distinciones para los nobles de nuevo cuño! O, lo que es lo mismo, clero y nobleza. De lo que resultaba igualdad en el fondo y diferencia en la forma. Y aquella falsía no podía ser del agrado de ningún hombre honrado y de bien. A todo trance, urgía derrocar á quienes, sin pudor ni vergüenza, ultrajaban así la dignidad nacional.

Estos motivos, agregados á que los liberales no solicitaron la ayuda de un príncipe extranjero, ni fueron á proponer la corona imperial á las naciones del viejo mundo, hicieron de su causa una causa simpática, vista con agrado é inusitado entusiasmo; condiciones todas que faltaron en el elemento conservador, compuesto de viejos adustos y ya sin prestigio ante el pueblo. Porque los conservadores, por lo mismo que pretendían sostener la superioridad de privilegios, asestaban, con ello, graves golpes á los derechos individuales. Motivos fueron estos—en el ánimo del país—para que el partido, que tan malo supo ha-

cer uso de las confianzas en él depositadas, quedara por los suelos, abatido y abandonado á su propia suerte.

Todas estas razones inclinaban la balanza en favor del Partido Liberal, y con él luchó el pueblo mexicano, hasta haber llegado al golpe definitivo y alcanzado las alturas del poder.

Las iras encerradas en los pechos despertaron, y aquellos pequeños grupos de libertadores de la nueva generación fueron en aumento, hasta formar gruesas columnas: la república no podía resistir por más tiempo la férula de los conservadores, y, al fin, venció.

Se ve, pues, un derecho indiscutible de los liberales sobre los conservadores; y, conforme á él, podían desechar cualquier gobierno que no supiere llenar sus deberes ni cumplir con la fe jurada en los altares de la patria.

## V

Es una conseja, inventada para entretener mujeres, la que propalan los hoy existentes de aquel partido inhábil y torpe, de que los *chinacos* asesinaban niños y despojaban hasta á los pacíficos habitantes del campo. Quienes tal afirman, ni conocen la historia, ni tampoco llegan á comprender los filosóficos principios sobre que descansa.

Para hacer cargos, es indispensable probar y no haber incurrido en ellos; de lo contrario, es no saber lo que se dice y hacer el papel del diablo predicador.

Vamos por partes.

La primera descarga que reciben los liberales, es que se apoderaban de los víveres y elementos de guerra que encontraban al paso. Esta es una gran verdad, que, tengo entendido, tampoco el Partido Liberal niega, y que todos sus miembros pueden confesarla. No negaré yo lo que ellos mismos declaran; pero esta confesión incluye la narración histórica. ¿Acaso aquel proceder no tenía principio filosófico que lo apoyase?

La historia y la filosofía tienen que estar unidas; si no, los hechos históricos carecerían de base.

En la guerra como en la guerra. Este es el principio filosófico; el cual traducido al lenguaje vulgar, indica: los soldados que luchan, necesitan comer, y si esa comida la tiene el enemigo, á él hay que quitársela. Si al enemigo se le pidiera víveres, mandaría balas: luego la fuerza bruta tiene que ejercer sus oficios en éstos ó idénticos casos.

Entiendo por enemigo, no sólo el personal en pie de guerra, sino todos los que lo apoyan con ideas y dineros. De lo que se infiere que á todos los que comulgan con los principios que aquel sostiene, es lícito despojarlos de víveres para la tropa y de municiones para los cañones. Sólo que, en este último caso, todo ultraje ó daño á las personas, está considerado como acto salvaje y prohibido por las leyes de la guerra. Las balas son para los enemigos que pelean, no para los pacíficos que contemplan la lucha.

Afirman los conservadores que hubo actos salvajes. Puede ser. ¿Y no los hubo en las filas conservadoras? Los imparciales citan terribles crímenes de uno y otro lado; y es que, encendidos los ánimos,

se pierde toda moral, y todo mundo usa el pillaje como medio de combate.

También concedo que los liberales hayan cometido mayores tropelías. Cúlpese de esto á las circunstancias, que obligaban á combatir á gente del pueblo, poco culta y que cree bueno, en casos semejantes, todo lo malo. En cambio, los muchos fusilamientos del Partido Conservador no tenían razón de ser ni explicación posible, á no ser el instinto sanguinario de sus autores. Los conservadores eran personas ilustradas y conocían los deberes de humanidad y civilización; podían haber seguido los principios de la guerra, máxime cuando ellos tenían los mejores elementos, que los ponían fuera de la necesidad del saqueo y del asesinato. En este último caso, el delito era el mismo; con la única diferencia de que los conservadores pasaban por las armas, previo un breve sumario de guerra, y los liberales solían hacerlo en el mismo campamento, sin más trámite.

¿Quién obraba más mal, los conservadores, gentes de ilustración y que debían escoger su tropa, ó los liberales, exiguos de elementos?

No hay, pues, razón de quejarse de los mismos delitos que ellos cometían.

Además, los liberales perdonaron muchas vidas de prisioneros, imitando la generosidad de don Nicolás Bravo, quien perdonó á los mismos asesinos de su padre. Los casos de indulgencia y perdón fueron muy escasos en las líneas conservadoras: general que cayese en sus manos, ya podía contar con la muerte segura. ¿Ellos tenían especial merced para esto? ¿Eran los embajadores celestiales?

En la guerra como en la guerra: los liberales no hicieron ni más ni menos.

Voy más allá: los conservadores tenían como á hordas salvajes á los liberales; por consiguiente, estaban, más que ellos, obligados á ser benignos. Desgraciadamente, no era así.

## VI

También se dice que los liberales ocupaban los templos, para acuartelar á sus tropas. Esta táctica lastimaba, ciertamente, los sentimientos religiosos del pueblo. Pero ¿en dónde querían los conservadores que durmiera la tropa? Cuarteles no había; casas particulares, tampoco. Sólo quedaban los conventos y los templos y las plazas públicas. Estas últimas no eran á propósito para hacer de ellas cuarteles; allí estaba bueno para que el enemigo los hubiera pasado á cuchillo, uno por uno.

Los conventos y los templos (de éstos muy pocos, en obsequio de la verdad) eran útiles para el caso, porque estaban sólidos y de muy fuerte construcción; en aquellos edificios de los tiempos coloniales se acuartelaban las fuerzas de los revolucionarios, y hacían de ellos verdaderas fortalezas.

En la guerra como en la guerra: no había otra cosa mejor. Lo mismo hacían los imperialistas, sólo que éstos alojaban en los templos á sus tropas con consentimiento de sus poseedores. Y el delito era el mismo: la profanación existía, sea que lo consintieran los dueños, sea que no.

¿Cuántas veces las fuerzas de los intrusos franceses holló suelo sagrado en México? ¿Cambia la gravedad del crimen, tan sólo porque cambia el sujeto? Unos y otros asaltaban á los templos, como puntos estratégicos. ¿Por qué, pues, los liberales eran unos malvados y los conservadores unos ángeles? En igualdad de circunstancia, no veo esa malevolencia de atacar todo lo que no está con nosotros ni en ideas ni en principios.

Para mí, ó anatematiza la historia á ambos, ó perdona también á ambos.

Podráse alegar que tomaban los recintos sagrados por la fuerza, que cometían mil sacrilegios y no daban tiempo á los capellanes á brindarles la entrada, desalojando los objetos sagrados. Y, para mí, esta es la única razón de peso. Consta en las páginas de la historia esa violencia inaudita de las fuerzas liberales en idénticos casos, al grado de burlarse de las cosas y objetos de culto, hiriendo en lo más vivo el corazón de los verdaderos creyentes. Estos hechos, creo que los verdaderos liberales los lamentan también, porque no puede ser liberal quien no respeta el derecho ajeno, con sus costumbres religiosas y todo.

Podrán tener una atenuante á su favor: la de que los capellanes, sostenedores del imperio, jamás hubieran cedido un punto. Pero entre esos capellanes había personas de ideas muy elevadas y tal vez hubieran simpatizado con los revolucionarios, franqueándoles la entrada á sus conventos, con la precisa condición de que respetaran á las imágenes y á los santos, propiedad del pueblo piadoso.

No hay que olvidar tampoco que, en medio de aquella agitación intestina, había algo extraordinario que le daba un color internacional. La guerra, al parecer, era entre los mismos hermanos; pero, examinado bien el punto, las balas de los liberales iban dirigidas certeramente al corazón de las tropas de Napoleón III y contra los imperialistas, que dejaban de ser mexicanos, desde el momento que estaban bajo el mando de un príncipe importado y advenedizo.

El rigor de la historia, asimismo, obliga á confesar que los que solían cometer desmanes, eran las tropas jacobinas, los verdaderos representantes de los revolucionarios franceses. En las filas liberales había personas de méritos y virtudes indiscutibles, incapaces de una acción punible.

El Partido Conservador encuentra defectos en sus adversarios, aunque esté en el mismo caso que ellos. Por esto mismo es más vituperable, porque es exigente y no retribuye; demanda tributo y no lo agradece; reclama servicios y no los recompensa. ¿En qué ley se funda ese proceder? ¿Qué principios de equidad lo autorizan?

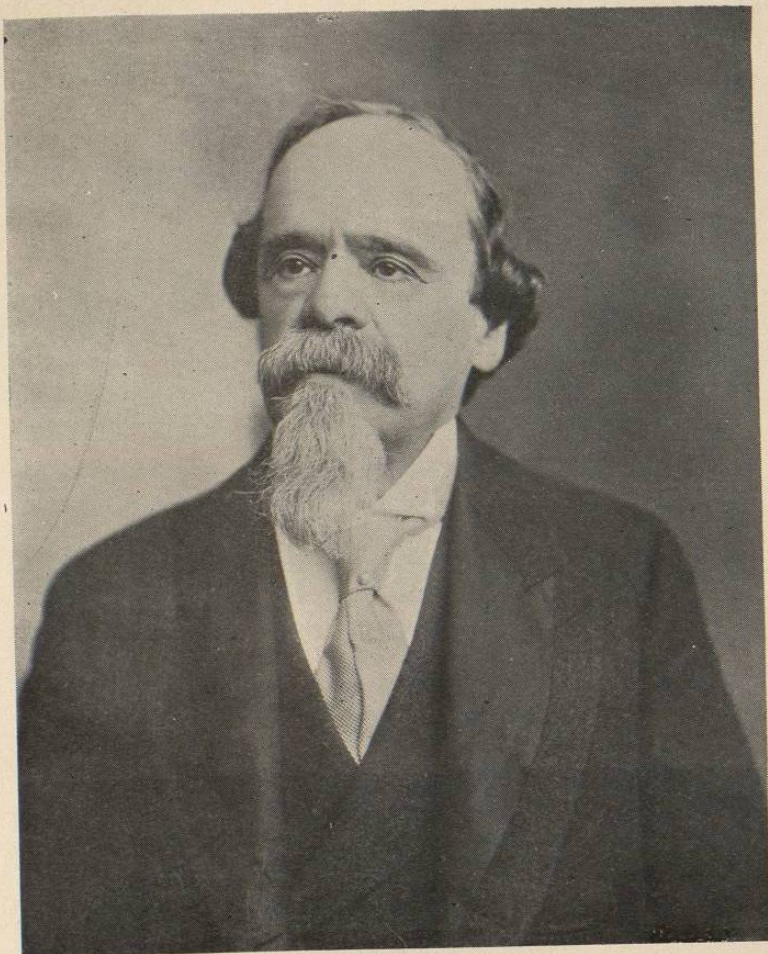
Convencedme de mi error, que, enseñar al que no sabe, es obra de misericordia. Los conservadores cuentan las atrocidades cometidas por los liberales, pero jamás hacen mención de sus grandes hechos de armas y de sus heroicos esfuerzos por salvar al país de una sumisión degradante, de una venta infame. En tratando de los Estados Unidos, hablan de una «conquista pacífica.» Sin embargo, estos conservadores no son para salvar á la república de un conflicto: señalan, no corrigen; gritan, no remedian;

tildan, no ayudan; critican, no aconsejan. Que entren á la lucha y trabajen por el bienestar del país; precisamente los que poco hablan son los que mucho hacen.

Han acusado al Partido Liberal de sobornos, violaciones, y otras cosas peores; y, no obstante, ellos no pueden arrojar la primera piedra, porque las fuerzas imperiales cometieron también delitos iguales; y tras de aquellos ídolos de los conservadores se alza una generación grande de hijos espurios. Entre unos y otros sólo una diferencia existe: los liberales lo hacían en fuerza de las circunstancias, y esquivando el cuerpo de las mortíferas balas enemigas, y los imperialistas, abusando de las circunstancias y burlando las confianzas de sus aliados.

Alguien creerá que soy liberal, pues quiero que sea inmaculado ese partido. Nada más falso é injusto, porque no soy liberal; pero tampoco pertenezco á la escuela histórica que mide sus crónicas con la ley del embudo.

La verdad para todo y antes que todo: ¡he ahí la norma de mi conducta!



*Don Manuel*  
*[Signature]*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF TEXAS  
AT AUSTIN